

EL MERCADO CENTRAL

De largos años atrás la construcción de un gran mercado moderno era un postulado urbano en Montevideo. Ni el "Mercado Chico", rebautizado oficialmente "Mercado del Oeste", sito en las calles Sarandí y Pérez Castellanos, donde hoy todavía una callejuela en ángulo recto conserva aquel nombre; ni el "Mercado de la Abundancia", cuya nueva denominación era "Mercado del Este"; ni el "Mercado Viejo", o "Principal", ubicado en el edificio de la antigua Ciudadela, bastaban a las exigencias de la capital ni eran compatible con los progresos crecientes de la urbe.

Cuando la Junta Económico Administrativa recibió el Mercado Chico, en 1860, este se hallaba "bastante destruído".

Al adquirirse por el gobierno en la suma de \$ 26.000 el de la Abundancia, propiedad de una empresa privada, las autoridades edilicias se limitaron a su conservación y a "tenerlo en el estado de aseo y decencia" requerido.

Del Mercado Viejo me bastará decir quedando dispensado automáticamente de comentarios, lo que afirmaba un escritor de aquellos tiempos, según el cual por la noche, en el silencio de la ciudad dormida el tropel de las ratas a la carrera por el Mercado semejaba el ruido de la corriente tumultuosa de un arroyo...

De los tres establecimientos públicos que me ocupan, subsiste tan solo, aunque casi totalmente transformado, en la esquina de las calles San José y Yaguarón el Mercado de la Abundancia.

Para los que no lo alcanzaron a conocer antes de las reformas quedan, cuando menos, una acuare-

la del ingeniero francés Aimé Aulbourg en el Museo Municipal y una fotografía directa que presenta el antiguo edificio con sus corredores techados de baldosa colorada, enfocado de la parte que mira al Sud, cuando el solar que se extiende hasta la calle Soriano era un baldío.

Del Mercado Chico, nombrado también Mercado de Sostoa, desaparecido lo mismo que el Mercado Viejo, no conozco más documento gráfico que la hermosa litografía impresa en París según el croquis del dibujante de "La Bronte", nave francesa de guerra que estuvo en nuestras aguas durante la presidencia de Oribe.

Por lo que dice al Mercado Viejo no creo haber visto ninguna fotografía del mercado en sí, quiero decir del patio o de los puestos circundantes (v. gr.) siendo lo gráfico que se conserva una variada serie de vistas de la Ciudadela —donde asentaba— pero a título de antigua construcción militar del tiempo de la colonia y nada más.

Pese a lo del postulado edilicio indiscutible, que repito para tomar de nuevo el hilo principal, nunca se iba más allá del excelente deseo hasta que un buen día el milagro del gran mercado tuvo comienzo, cuando, en 1867, siendo Gobernador Provisorio el general Venancio Flores, se autorizó por él a la Comisión Extraordinaria Administrativa, que actuaba en lugar de la Junta, para contratar la ejecución de la indispensable obra.

A raíz de esa autorización presentóse el señor Pedro Márquez con una propuesta acompañada de planos y memorias explicativas, pues a lo que parece era valor entendido que una cosa trajera implícita la otra.

El Estado tenía adquirida desde marzo de 1866 la manzana número 11 de la Ciudad Vieja, que medía 9739 varas cuadradas y se pagó precio de 11 pe-

sos y medio la vara, haciendo un total de pesos 111.998.30.

Era un terreno desparejo, a espaldas del teatro Solís, rico en vetas de piedra a poca distancia de la costa brava del Sur.

Con fecha 1º de abril de 1867, las autoridades municipales capitularon con Márquez ante escribano público el contrato respectivo.

El concesionario se comprometía a dar terminada la obra en el transcurso de dos años por la suma de 275.000 pesos.

Una serie de cláusulas de financiación, bastante complejas, no fue aceptada por el "Superior Gobierno", el cual resolvió, en última instancia, que el pago se haría por mensualidades de 9.000 pesos y un vale al portador de 3.000 pesos a dos años de plazo con el medio por ciento de interés mensual.

Para garantizar al contratista se le hipotecó el Mercado Viejo, además del terreno donde debía levantarse el nuevo.

Comenzaron los trabajos por la apertura de las canteras de piedra existentes en el terreno, prosiguiendo luego las obras de un modo lento que obligó a Márquez a solicitar una prórroga de seis meses para darlas por concluidas.

"Hermoso y majestuoso a la vez va quedando el edificio del gran mercado construído detrás del Teatro Solís", decía un gacetillero de 1869, a principios de marzo.

En estos momentos, continuaba, se procede a la colocación de los techos de los galpones y a la pintura y blanqueo del edificio.

El día 22 del propio mes, a las 5 de la tarde, el presidente de la República general Lorenzo Batlle, acompañado de una corta comitiva, hizo una visita a las obras, manifestándose complacido de la amplitud y condiciones del edificio.

Poco después, el 1º de abril de 1869, el Mercado Central fue inaugurado y abierto inmediatamente al servicio público.

A despecho de las ponderaciones de la época el nuevo edificio no respondía a las ventajas que se tuvieron en cuenta al construirlo, porque según afirmaciones oficiales posteriores, las obras no sólo se realizaron mal sino que "no tenían rastro alguno de lo que se diseñaba en la Memoria", unida a la propuesta.

El día en que las ventajas de la nueva casa hubieron de probarse prácticamente se arribó presto a la constatación de sus graves defectos.

Aquella fábrica edificada sobre la costa, y cuya altura sobrepasaba tanto la chata y escasa edificación interpuesta de la calle Yermal hasta el mar, era totalmente barrida por las pamperadas y las rachas heladas del Sur. Y estíbese en el tejido de los comentarios del caso y en buscar el medio más eficaz para conjurar el inconveniente, que algunos no creían de mayor magnitud, cuando el 14 de marzo una desatada tormenta de viento y lluvia vino a poner a prueba el Mercado.

Sucedió entonces que no sólo el patio principal fue azotado por la pamperada sino que con el diluvio descargado de las nubes el edificio se anegó completamente, fallando en capacidad caños, canaletas y albañales.

Indignados los puesteros y elementos afines a la casa, cuando el constructor Tomás Havers se presentó por allí a constatar personalmente lo acontecido, hiciéronle objeto de una ruidosa manifestación hostil.

Una turba que con el aditamento de curiosos y comedidos se hizo llegar a doscientas personas, bombardeó a Havers con fruta y verdura inservible y cuanta contumelia halló a mano, poniéndolo como

dios puso a los duendes y obligando a la policía a intervenir para sacarlo del paso sin mayor detrimento.

Nuevamente la población levantisca y heterogénea del Mercado Central, donde primaba el elemento extranjero, asumiría una actitud semejante, cuando un nuevo propietario de la casa (más o menos real, pues acaso sólo fuera un pretendido cesionario de los Márquez) Marcelino Díaz y García, se propuso elevar desconsideradamente los arriendos de los puestos.

Esta vez no la policía sino el presidente Santos tomó ingerencia en el asunto, requerido por los protestantes que acudieron a él en busca de justicia.

El general presidente supo hallar la fórmula satisfactoria y se apresuró a imponerla con su autoridad incontrastable, ganando de ese modo a la gente del mercado que se congregó numerosa delante de la casa de Santos aclamándolo y vivándolo.

Subsanado el problema de los desagües, continuó el inconveniente del desamparo contra los rigores y el frío de la costa hasta que, adquirido el edificio por la Municipalidad se defendió el lado vulnerable con vidrios y persianas del mejor modo posible.

Pertenece a la Junta E. Administrativa, presidida por Carlos María de Pena, durante el gobierno de Tajés, el mérito del rescate de manos particulares del principal mercado montevideano. Tal operación había sido intentada sin éxito repetidas veces y presentaba variadas fases a cada cual más engorrosa.

En abril de 1889, el Mercado Central fue adquirido mediante la suma de 400.000 pesos que se tomaron de los dineros del empréstito de 6 millones negociado con la casa Baring Brothers de Londres el año anterior. La cuestión del Mercado había llegado a convertirse en una cuestión escandalosa.

Según el doctor Pena los propietarios había per-

cibido de proventos ¡1 millón y medio de pesos en veinte años!

La edad de oro del Mercado Central pertenece al pasado.

Hoy —por mil razones varias— no es ni la sombra de lo que fue en otras épocas.

Apenas se conserva la masa del edificio a través de cambios y demoliciones.

De la fachada de Reconquista se han quitado los postes y las cadenas, se han modificado los revestimientos del revoque cambiándole de aspecto al conjunto y se picó el escudo nacional de mampostería.

Restan, en cambio, las tres puertas que ya en 1869, —principalmente las dos de los costados— se consideraban inapropiadas a fuerza de estrechas.

El frente que corre, angulado siguiendo las calles Liniers y Ciudadela, es el que se conserva con menos variantes.

La puerta que mira a la calle Soriano con su pesada arquitectura, continúa siendo el único detalle monumental del viejo edificio. Vista a contraluz aquella masa oradada por el medio punto, ofrece un aspecto que recuerda algo de las cosas romanas y no escapó al ojo de los artistas.

Hace años se imprimió en colores una tarjeta postal donde se reproduce un óleo muy acertado, cuyo motivo es la referida puerta.

En la fachada posterior los altos de la esquina sudoeste fueron demolidos porque amenazaban ruina.

En la parte que mira a Bartolomé Mitre se suprimieron las escaleras de acceso y en la esquina de esta calle y la de Reconquista, se franqueó una nueva entrada que si bien dio mayor comodidad al servicio debía haber sido hecha de modo que guardase más armonía con la arquitectura de la casa.

Pero, vuelvo a decirlo, la “edad de oro” del Mercado Central pasó a la historia.

Hace mucho tiempo que la plazoleta baja que da a la calle Yerbal no es el asiento de los vendedores de verdura que exponían sus productos al amparo de toldos voladizos y sombrillas, luego que se retiraban los carros de los quinteros.

Ya no se encuentra una sola venta de "friyé": una especie de buñuelo liviano hecho a la vista y espolvoreado de azúcar, que se comía de parado, y cuyo nombre en genovés quería decir precisamente buñuelo.

Tampoco se despacha en ninguna parte el "caliente" endulzado o si se quiere compuesto, con horchata que tanta salida tenía en los boliches de abajo.

Cuanto tiempo hace que desapareció del edificio la Comisaría del Mercado, que estaba ubicada en el frente de la calle Reconquista, a la derecha de la entrada principal.

Bien se necesitaba entonces por allí una "oficina" de policía para reglar aquel pequeño mundo abigarrado que hacía contacto por el lado sur con aquel otro mundo no menos abigarrado y menos recomendable, que se desparramaba por el bajo y revoloteaba día y noche —más de noche, desde luego— por innumerables despachos, cafetines y parillas donde, apenas en la esquina de Ciudadela y Yerbal elevaba su nivel "social" el comedor tan conocido de "La Miniatura"...